

## **Letras sonoras**

### **Félix de Azúa**

*Scherzo*, julio de 2021

Es, para mí, una singularidad irresoluble que no haya más literatura en el entorno de la música. Aparte del insuperable *Doktor Faustus* de Thomas Mann, poco más encontraremos. E.T.A. Hoffmann, desde luego, *El malogrado* de Bernhard, e incluso Juan Benet cuyo *Viaje de invierno* no deja de ser un homenaje al ciclo de Schubert. Sin duda habrá más, pero no lo recuerdo. En cambio, hay mucha literatura en torno a la pintura y los pintores, de Balzac a Kan Vonnegut. La razón de este desequilibrio es insoluble. De vez en cuando, sin embargo, aparecen excelentes homenajes al arte secreto de los sonidos, como esta *Música de las esferas* que ha publicado nuestro colega de página y admirado amigo José Luis Téllez, en la editorial Fórcola (*forcola* es «la parte más rara y hermosa de la góndola veneciana»). Quizás como la música misma, rara y hermosa, con la que no es fácil hacer literatura, aunque Téllez lo haya conseguido gracias a su admirable prosa. ¡Y ya es el segundo, a un par de años de *La contraseña del infinito*!

No todos los cuentos tratan temas musicales, aunque sí una mayoría. Los hay también sobre ciudades imaginarias a la manera de Italo Calvino, sobre pintores que en lugar de pintar el espacio pintan el tiempo, acerca del peligro de caerse dentro de un libro, cómo debe decapitarse a un arcángel, o un manual de instrucciones para practicar de modo esmerado y elegante el descuartizamiento de un humano. Pero la música asoma por todas partes. Así, en una descripción de la Domus Aurea de Nerón, en Roma, se identifican tres espacios secretos con el ritmo, la escala y la estrofa de una música inaudible, o bien reinventa la fábula de Orfeo haciendo que Eurídice se niegue a abandonar el infierno y entonces Orfeo comprenda «el profundo secreto de la música y la dimensión de infinitud e intemporalidad que se dilata en ella». Hay también un bonito cuento a propósito de los *44 dúos para violín* de Bartók, por medio de una canción campesina que el músico oyó en su infancia casi sin tener conciencia de ella. El oído de Téllez, su capacidad perceptiva, es mítica, de modo que puede decirnos cómo suenan las cosas. Así, que el viento de la llanura suena en Re bemol mayor, las labores agrícolas de primavera en Mi mayor y los grandes dos en Mi bemol. La música nos llega de muchas maneras y Téllez no retrocede a la hora de escribir el libreto de «una ópera alemana» apoteósica, o de indas en un triste cuento sobre las mareas y los grandes navíos naufragados a un quinteto (piano, acordeón y conjunto de cuerdas) que inter, un tango para distraer a los fantasmas del... *¿Titanic?* No lo sabemos, hay cosas que Téllez nos oculta, como el desconcertante objeto llamado «celenque».

En el cuento final que es el que da título al libro, se nos instruye sobre esa música imposible que sólo alcanzamos a situar el tapiz del cielo nocturno, en cuya magna extensión podemos «percibir su brillo colores, las formas y los centelleos de sus notas», aunque no sepamos discernir su sentido porque son composiciones de los ángeles gloriosos. Perfecto final que quizás explica por qué hay tan poca literatura excitada por la música. Y por qué es tan valioso este libro mi compañero de página.